

El congreso, en cambio, fué unánime y compacto. Venían, pues, las chicas, caminando hacia su colación, porque una hora después debían actuar en el «Recreio». El mando ajustó una cena en los restaurantes de la cadena «Brahma», cuyo propietario era un gallego de los más simpáticos que he conocido en América.

Estaba la calle de fiesta y de pólvora. Aquellos levantinos del Atlántico aman la traca y la bomba con el mismo fervor de sus colegas españoles.

Los protagonistas de la sanjuanada aceptaban tregua, o, por lo menos, levantaban bandera de parlamento, al paso de los cua-

tro grupos: Málaga y Asturias, Cáceres y Zaragoza.

Con San Juan nos llegó la boleta. La jornada fué dura. Actuación en el «Recreio», que había liquidado sus localidades el mismo día del debut; despedida de la ciudad, urgente visita a los paisajes más queridos o de una mayor renta a la hora de las narraciones; últimas compras, que en el momento de tomar un barco tanto se parecen a las últimas voluntades.

Salimos de Río antes del mediodía. En el muelle estaban los mismos que nos vieron llegar, aún más alta su temperatura nostálgica.

Después, como siempre, cantamos.

